La huerta de San Vicente

La huerta de San Vicente fue el último hogar de Federico García Lorca, donde oscuramente se inició el drama, en el verano de 1936. Hay casas y paisajes cargados de acentos tenebrosos, que parecen predestinados a intimidar por no se sabe qué extraños barruntos; al conocerlos nos sobrecoge un escalofrío de inquietud, nos falta el aire y deseamos salir huyendo. El escenario de la huerta, por el contrario, era un lugar esplendoroso, con la exuberancia de la vega, enfrentada a Granada, la Alhambra, el Generalife y Sierra Nevada, la dilatada panorámica que el poeta contemplaba desde el balcón de su cuarto.

Las estancias estivales de la familia García Lorca en la huerta de San Vicente, comenzaron en 1926. A partir de este año, las cartas de Lorca desde la huerta, están esmaltadas de deslumbrantes imágenes y referencias donde se trasluce la voluptuosidad que ejercía en él el contacto con la naturaleza y la necesidad de comunicar su alegría de vivir en aquel idílico paraje. Describe la casa y su entorno, el aroma del lugar y hasta el leve mareo que le produce la fragancia ambiental. A Jorge Guillén le escribe:

«Ahora estoy en "la huerta de San Vicente", situada en la vega de Granada. Hay tantos jazmines en el jardín y tantas "damas de noche" que por la madrugada nos da a todos en casa un dolor lírico de cabeza, tan maravilloso como el que sufre el agua detenida».

«Y sin embargo, ¡nada es excesivo! Este es el prodigio de Andalucía». [1]

A Carlos Morla le dice: «...Yo sigo bien en este ambiente tan dulce y lleno de belleza». [2] Y en otra carta: «Hace un día espléndido. A mi cuarto llega un fresco rumor de maizales y de agua». [3]

Y a Melchor Fernández Almagro le participa: «Esta carta sólo tiene un objeto, y es enviarte un abrazo grande desde la *sin par* Granada. Estoy en la Huerta de San Vicente, una preciosidad de árboles y agua clara, con Granada enfrente de mi balcón, tendida a lo lejos con una hermosura jamás igualada». [4]

En el otoño, con acompañamiento de lluvia, que ha chapoteado todo el día en maíces y cristales, le recuerda a Jorge Zalamea que es la hora de visitar «la *bella ciudad* de Granada». Y, tiempo después, le dirá: «Hoy hace un día gris en Granada de PRIMERA CALIDAD. Desde la Huerta de San Vicente (mi madre se llama Vicenta) donde vivió, entre magníficas higueras y nogales corpulentos, veo el panorama de sierras más bello (por el aire) de Europa». [5]

Recién llegado de una larga estancia en la casa de los Dalí, en el verano de 1927, escribirá a Ana María Dalí: «Ahora estoy, como sabes, en la huerta de San Vicente, junto a Granada,

[1] *Obras Completas de Federico García Lorca, nos referimos siempre a la edición decimoséptima, de la Editorial Aguilar, Madrid. 1972. pág. 1.063.*

[2] *O.C., pág. 1.768.*

[3] *O.C., pág. 1.679.*

[4] *Gallego Morell. Antonio.* García Lorca, cartas, postales, poemas y dibujos. *Ed. Moneda y Crédito, Madrid, 1968, pág. 44.*

[5] *O.C., pág. 1.664.*

y dentro de varios días marchamos a la sierra de Lanjarón y después a Málaga a terminar el verano. Aquí estoy bien. La casa es muy grande y está rodeada de agua y árboles corpulentos, pero *esto no es la verdad*. Aquí existe una cantidad increíble de *melancolía histórica* que me hace recordar esa atmósfera justa y neutral de su terraza, en donde a veces la Lydia pone un chorro de pimienta fuerte que hace resaltar más todavía la gracia visible del aire»[6].

La huerta de San Vicente fue propiedad de la familia García Lorca, desde la primavera de 1925. Don Federico García Rodríguez, padre del poeta, formalizó la escritura de compra el 27 de mayo, pero quedaba estipulado que el nuevo dueño no entraría en posesión de las casas y las tierras, hasta el 30 de octubre, siguiente.[7] La huerta, ya en 1856, se llamaba de los *Mudos* y en otros tiempos se la conocía por la huerta de los *Marmolillos*. Don Federico hizo constar «...que en adelante se denominaría de San Vicente», en homenaje a su mujer, doña Vicenta Lorca Romero. Compra la finca don Agustín Coca Hidalgo, comerciante de Torvizcón, con cédula personal de undécima clase, por la cantidad de 32.350 pesetas, que el comprador, vecino de Granada, con cédula personal de cuarta clase, abonó en el acto, en billetes del Banco de España. El predio estaba situado en el pago del Arabial Alto, en término de Granada, con una extensión de 36 marjales, de tierra de riego, con árboles frutales y destinado para *puebla* (tierra dedicada a sembrar verduras o legumbres). Dentro del perímetro había dos casas, una antigua de labor y otra de nueva construcción, que habitarían los Lorca como residencia de verano. Por el lado de Levante lindaba con el callejón de Gracia; al Mediodía, con las tierras de los herederos de don Gabriel de Burgos y por Poniente y Norte con las de don Enrique Moreno Agrela.

La huerta de San Vicente estaba en el término de Jaragüi o Fargüi, al cual pertenecía también la *huerta del Tamarit*, propiedad de don Francisco García Rodríguez, hermano del padre del poeta. De estos sonoros nombres escribiría Federico: «Mi tío tiene las señas más bonitas del mundo:

Huerta del Tamarit
Término de Fargüi
Granada».

El Jaragüi, poblado por infinidad de frondosas huertas, que durante siglos vitalizaron la ciudad, llegaba, por Levante, a los límites de la ciudad y se extendía entre los ríos Genil y Beiro. Las huertas quedaban enmarcadas por los sencillos trazados de sus veredas y carriles de acceso, ajenas al rigor geométrico que marcan los organismos de las Escuelas Técnicas, de ahí el encanto que nos ofrece la contemplación de antiguos planos.

La escritura más antigua que se conserva de la huerta de San Vicente está censada en el año 1541. Existe otra de 1657, que aparece con el nombre de los Marmolillos, con una extensión de 27 marjales. Esta escritura hace referencia a otra de 1565, con la misma extensión, en el pago de Jaragüi. El nombre está ya recogido en los libros de Habices de la ciudad de Granada a principios de 1500[8].

Henríquez de Jorquera, en sus «*Anales de Granada*», al hablar de las murallas, dice: «...y viene a rematar esta fundación teniendo a la mano derecha el deleitoso xaragui y guertas

[6] *O.C., pág. 1.635.*

[7] *Escritura original de compra-venta, otorgada por don Agustín Coca Hidalgo a favor de don Federico García Rodríguez. Granada, 27-5-1925. Protocolo-Notaría del Licenciado D. Antonio Puchol Camacho, n.º 1.016. Documento facilitado por don Manuel Fernández Montesinos. Fundación Federico García Lorca. Huerta de San Vicente. Granada.*

[8] *María del Carmen Villanueva Rico.* Habices de las Mezquitas de la ciudad de Granada y sus alquerías del año 1505. *Madrid. 1961. F.º 46, v.º, n.º 56, pág. 83.*

Concha, hermana de Federico, en el interior de la Huerta de San Vicente

Federico y su madre, doña Vicenta, en la Huerta de San Vicente (fotografía tomada por Eduardo Blanco Amor)

del Xenil...»[9]. Más adelante, enumerando las calles del barrio de la Magdalena, escribe: «...y todas estas calles traçadas a nibel rematan en las guertas del Jaragüi, con tanta cercanía que sólo una acequía de agua las diuide»[10]. al tratar las huertas y caseríos, comenta: «...y prosiguiendo al mediodía por el pilar de don Pedro (este pilar se encuentra hoy en la plaza del Padre Suárez, sobre la fachada de la ex Capitanía), se da principio en el cañaveral y Jardín de la Reina al dilatado/ Jaragüi con tantas y estendidas guertas que sus numerosas casas se esconden entre sus emboscados árboles, abraçandose con la ciudad hasta los raudales del Genil»[11]. Cuando habla de la «...gran Parrochia de Sancta María Magdalena, extramuros desta ciudad», dice: «Alcança esta parrochia mucha jente rica y de grande trato y sus casas son biçarras, nuebas y labradas a lo moderno, con grandes jardines de recreación y se estiende por la mayor parte del Jaragüi...»[12]. Por último refiriéndose al convento de Nuestra Señora de Gracia: «En los principios del deleytosos sitio del Xaragüi desta ciudad de Granada, fin de la gran calle de Osorio (hoy Gracia)... tiene fundación... el combento de nuestra señora de Gracias»[13].

Para la familia García Lorca la huerta de San Vicente significó el reencuentro con el campo. Para el niño Federico, que escribiría: «Toda mi infancia es pueblo. Pastores, campo, cielo, soledades. Sencillez en suma», debió ser motivo de profunda añoranza, el abandono de la vida campesina por la urbana. Claro que la ruptura no fue total, no podía ser. Los desplazamientos a las propiedades familiares mantuvieron viva la querencia, y en la nueva casa granadina de la Acera de Darro, el trasiego de familiares de Fuentevaqueros y de Valderrubio fue continuo, como el de los campesinos que llegaba a su casa a pedir consejo, o a negociar con su padre. Don Federico tuvo muy en cuenta que en la casa ciudadana hubiese un jardín con flores y árboles, que paliaran el desarraigo de la naturaleza. Federico García Lorca heredó de su padre la pasión por la tierra, se sentía legatario directo de sus antepasados labriegos: «Amo la tierra. Me siento ligado a ella en todas mis emociones. Mis más lejanos recuerdos de niño tienen sabor a tierra». En 1906, a los 8 años, la tierra le hizo sentir la primera emoción artística: su inagotable curiosidad le hacía seguir, junto al arado metálico, el rotundo surco que abría a su paso, que ¡gran acontecimiento!, había sustituido al arcaico de madera. Le entusiasmaba ver la herida de la enorme púa de acero al profundizar en las entrañas vírgenes de la tierra de la que brotaban «raíces en lugar de sangre». Un día, que acompañaba su paso al ritmo de la labranza, fue testigo de algo sorprendente, un obstáculo imprevisto detuvo el arado, e instantes después salía a la luz, tras siglos de noche, un mosaico romano, con una inscripción que, pasados los años, Federico identificó con los nombres de los pastores Dafnis y Cloe, en quienes el poeta encontraba sabor a «tierra y a amor». La tierra sugestionó siempre al poeta con el mismo espíritu de sus años infantiles: «De lo contrario —confesó—, no hubiera podido escribir *Bodas de Sangre*».

En 1925, en la huerta de San Vicente no había agua potable ni luz eléctrica. La distribución de aguas no se generalizó en Granada hasta 1945, a las huertas empezó a llegar en los albores de 1960[14]. El sistema comunitario de aguas fue el de las albercas, aljibes y ti-

[9] *Henríquez de Jorquera,* Anales de Granada, *pág. 10.*

[10] *Henríquez de Jorquera.* Anales de Granada. *pág. 30.*

[11] *Henríquez de Jorquera.* Anales de Granada. *pág. 34-35.*

[12] *Henríquez de Jorquera.* Anales de Granada. *pág. 220.*

[13] *Henríquez de Jorquera.* Anales de Granada. *pág. 241.*

[14] *Hasta mediados de los años 40 de nuestro siglo no queda terminada la red de distribución de aguas potables, que llevó aparejada la construcción paralela del alcantarillado, y cinco años más tarde fue inaugurada la Estación de filtración y depuración biológica. Estas notas son de Joaquín Bosque Maurell, de su* Geografía urbana de Granada. *Gallego Burín da la fecha de 1943, en su* Reforma de Granada, *pág. 54. No obstante estas precisiones, es a partir de la década de los cincuenta-sesenta cuando el agua potable cruza el Camino de Ronda y, no todas las huertas las instalan, porque muchas de ellas continúan abasteciéndose de sus pozos.*

najas a donde llegaba directamente el agua que entraba por las cañerías que se abastecían de las 63 acequias granadinas, muchas de ellas pertenecientes a la ingeniosa red hidráulica que establecieron los árabes para suministrar agua a la ciudad. Grandes arterias fueron las acequias de Ainadamar que rendía servicio a Albaicín; la de la Romayla, a los barrios de Santa Ana y centro de la ciudad; la del Cadí, al Realejo... La caudalosa acequia de Alfacar llenaba el albercón de Ainadamar, tan espacioso, que según Bermúdez de Pedraza, los moros celebraran en él fiestas navales, en barcos y esquifes.

Cuando se acomete la expansión urbana, en los siglos XVI y XVII, son las acequias las que frenarían este impulso creativo. Así, la acequia de Romayla, en su salto a la derecha del Darro, baja por el Zacatín, atraviesa la Cerrajería y Puerta Real, y el comienzo de la calle Recogidas se divide en dos ramales: uno se dirige a la derecha, por la calle Puentezuelas (primera detención de la expansión urbana) y alcanza el Carril del Picón, fecundando las huertas que encuentra a su paso. El otro ramal, se dirige a la izquierda de la calle de Recogidas y entre el convento de San Antón y la Casa de Recogidas, bajaba la acequia por lo que hoy es la calle de San José Baja y se introducía en las huertas, que, urbanizadas, se convertirían en el barrio Fígares [15].

Hubo dos grandes huertas que formaron el barrio de la Magdalena, la de Genincada y la Gedida. La primera expansión alcanzó hasta la calle de Puentezuelas y el resto de las dos fincas anteriores, hasta llegar a la placeta de Gracia, fueron llamadas Huertas del Tintín, porque debió haber una serie de puentecillos que comunicaran con ellas; de ahí la peculiar toponimia de la calle. Este sería el límite oriental del pago denominado Arabial. Como se puede apreciar en los planos topográficos, el pago queda delimitado por el río Beiro y las Acequias de Naujar, Gorda y el Jaque, por su otro lado. El significado del nombre Arabial lo identifica Seco de Lucena, con el término Daralabiar, derivado del árabe Dar al-Bi'ar, es decir, Huerta de los Pozos [16]. El nombre del lugar responde al elevado número de pozos-norias, que existían en estas huertas.

La placeta de Gracia

En la placeta de Gracia acababa la ciudad y empezaba el extrarradio, que era la vega. De allí partían los callejones de Gracia que llevaban a las huertas. En esa sutil frontera de placeta y callejón, estaba la caseta del fielato, donde se pagaban los derechos de consumo. Era un camino de herradura lleno de polvo en verano y de barrizales en invierno, amasado por las reatas de burros y los carros que transportaban arena del lecho del río Genil. A un kilómetro de esta divisoria estaba la huerta de San Vicente. Tenía entrada propia que compartía comunitariamente con la huerta de La Purísima, propiedad de don Antonio Pérez Victoria. Se llegaba a la casa por un camino bordeado de árboles. Más adentro, quedaba la huerta de San Enrique, aislada, con paso de vereda de una caballería. La huerta de San Vicente y la de San Enrique, están entre los caminos del callejón de Gracia y el camino de Purchil. Limitadas al norte por la calle de Arabial y al sur por el callejón del Viernes, llamado así, porque era el día en que recibía las aguas de riego. La huerta de San Enrique

[15] *Posteriormente, esta cabeza de cola, prendió a la acequia Gorda. Hasta finales del siglo pasado, el extremo de la calle de San Antón, se conoció por el Puente del Jaque, porque, efectivamente, desde aquí arrancó la Acequia del Jaque del Marqués, que bajando hacia el O iba modificando su dirección hasta que alcanzaba el, hoy llamado Camino de Ronda, por bajo de los callejones de Gracia. Otro ramal que tuvo su importancia por lo que ha supuesto, hasta fechas no demasiado lejanas, de contención al barrio de Gracia, partió del anterior, detrás de la Casa de Recogidas y paralelo a su cauce a la calle de Recogidas, cruzó por el Solarillo de Gracia, bajando hasta el Jaque con el que se fundió.*

[16] *Luis Seco de Lucena. Paredes. Revista Al-Andalus, vol. X (1945), pág. 455.*

era propiedad de José y Josefa Santujini, cuya única hija, Encarnita, aún vive en la huerta que heredó de sus padres. En 1925, era una niña de seis años y recuerda la llegada de los nuevos vecinos de la huerta de San Vicente: «Aunque yo era muy chica, no lo he podido olvidar, porque con ellos llegó a mi casa la luz eléctrica, se acabaron los velones. Una mañana vino a ofrecerse don Federico García Rodríguez. "Mire, le dijo a mis padres, yo tengo acciones en la Compañía de la Luz Elécrica. Eso quiere decir que si nos juntamos las tres huertas, la otra era la de la Purísima, solicitamos la luz, y nos sale más económico". Así era don Federico, servicial, sencillo, directo y muy generoso. Porque más adelante, nos hizo otro gran favor dándonos paso por su huerta. A la mía, en tiempo de la recolección de la remolacha, no podían entrar los carros, porque teníamos paso sólo de una caballería y esto nos causaba un transtorno enorme. A nosotros nos dio la vida. Normalmente los ricos no lo hacen. ¿Quién iba a consentir dar paso a otras personas por su huerta? Y él lo permitió y gratis» [17].

Cuando la familia García Lorca pasa el primer verano en la huerta ya está instalada la luz eléctrica. La casa de 500 m ^{2} tenía dos plantas. Su arquitectura popular responde al modelo de vivienda de la huerta en la vega granadina, bien diferenciadas sus características del otro tipo de vivienda rural autóctona, como es el cortijo, de espaciosos corrales y patio abierto para el trasiego de carros y caballerías. Una puerta-cancela de dos hojas, de madera con reja de hierro, centra la casa de la huerta. A ambos lados grandes ventanales, dan luces a la planta baja y balcones en la planta superior. Cal, hierro y madera. En la fachada campea una hornacina que guarda un tosco San Vicente Ferrer, que las hijas de la casa buscaron afanosamente en las tiendas de imagineros granadinos, en honor del santo de su madre, bajo cuya advocación habían puesto la huerta.

Cruzado el umbral, nos encontramos en una amplia sala baja. En otro tiempo, a la izquierda estaba el comedor. Al fondo, a la derecha, está la cocina, pieza grande y clara con chimenea, poyos, alacenas y tinaja, bien iluminada por un ventanal que da a la parte trasera de la casa. Frente a la puerta de entrada, arranca la escalera que conduce a la planta superior, destinada a los dormitorios. Subimos por la escalera de baldosa y marpelan de madera. En el primer tramo, por un ventana baja, entra toda la luz y la fragancia de la vega. En el segundo, separados por un estrecho pasillo, que recorre toda la planta, están los dormitorios. El primero a la derecha, subiendo un peldaño, estuvo destinado a los dos hijos de la casa, Federico y Paco. El del centro lo ocupaban las dos hijas, Conchita e Isabel, y el de la izquierda era el de doña Vicenta y don Federico. En la habitación de las niñas existió una puerta practicable que se comunicaba con la de la alcoba de los padres. Más tarde, en otro dormitorio del rincón de la derecha, se hizo el cuarto de baño, que vemos en la actualidad, junto a la puerta que hoy da acceso a la terraza. Hacia los años treinta, la familia García Lorca transformó y amplió la vivienda. María Trescastro, la conservadora de la huerta de San Vicente, nos ha contado el motivo de esta ampliación: «Yo deseaba siempre que doña Vicenta me hablara de su hijo Federico, pero, claro, era algo tan doloroso... Y, un día, que la señora estaba sola, me fui a hacerle compañía, como tantas veces, y surgió la conversación del carácter de los niños, porque yo tenía 8 hijos. Y espontáneamente, empezó a hablarme de *su* Federico. "El y su hija Concha eran los que más se parecían a su padre. Sin embargo mi Paco y mi Isabel, se parecen más a mí. Mi Federico era muy alegre. Recuerdo que en una ocasión un amigo suyo me dijo que Federico se quitaba la pena como una chaqueta que le molesta a uno, se la quita y la cuelga. Siempre estaba de buen humor. A mi Concha le pasaba igual..." Me hablaba de su hijo como si estuviera vivo, yo estaba que ni respiraba,

[17] *Conversación con doña Encarna Santujini, en la Huerta de San Enrique. Granada. 20-10-1985.*

fue un momento muy íntimo e inolvidable para mí. Sólo en esta oportunidad tuve la ocasión de oírla hablar de su hijo, aunque se adivinaba, que era su gran pesadumbre. Y este día fue cuando me explicó lo de la habitación: el gran comedor que hoy vemos pasando el arco del vestíbulo, a la derecha, al fondo, no existía. Ocurría que Paco, que compartía la habitación con Federico, se quejaba de que su hermano no lo dejaba dormir, porque se pasaba toda la noche leyendo con la luz encendida. Los padres, que eran unas personas comprensivas, amantes de la armonía entre sus hijos, solucionaron el problema ampliando la casa por el ala de Poniente. Construyeron el comedor con chimenea, dando luces de Norte a Sur y encima hicieron la terraza. Y el primitivo comedor, lo dividieron, convirtiendo la parte delantera en sala de música, donde se conserva la gramola de brazo *de la Voz de su Amo* de la casa *Pathé* y la parte posterior se transformó en el dormitorio de Francisco García Lorca» [18]. De las paredes de esta sala cuelgan el título de maestra de doña Vicenta Lorca, obtenido en la Escuela Normal de Granada, el 27 de junio de 1890; y el de Bachillerato de Federico García Lorca, otorgado por la Universidad Literaria de Granada, el 20 de mayo de 1915. Se conserva también un cuadro del pintor uruguayo Rafael Barradas, dedicado a Federico, el año 1927, titulado «Luz negra de los Pistoleros» y, otro, de Salvador Dalí: una señorita marinera fumando en pipa. Lleva un vestido blanco y azul y al cuello un pañuelo rojo. El material empleado es papel y tizas de colores.

El dormitorio de Federico García Lorca se conserva como estaba en vida del poeta. Es una habitación clara, llena de luz y de sol que entra a raudales por el balcón confidente de sus sueños:

Si muero,
dejad el balcón abierto.
El niño come naranjas.
(Desde mi balcón lo veo.)
El segador siega el trigo.
(Dede mi balcón lo siento.)
¡Si muero,
dejad el balcón abierto!

Cuántas veces contempló «Granada enfrente de mi balcón, tendida a lo lejos con una hermosura jamás igualada». El balcón fue también testigo de sus profundos desalientos: «Tú no te puedes imaginar —le escribe a Jorge Zalamea— lo que es pasarse noches enteras en el balcón viendo una Granada nocturna, *vacía* para mí y sin tener el menor consuelo de nada» [19].

Federico, desde el balcón, admiraba la amplia panorámica de Sierra Nevada. Dentro del cuarto el rectángulo del balcón es una acuarela de naturaleza que inunda el espacio. La palmera asciende su altivez; el macasar, que reserva su fragancia para días navideños, un júpiter, un nogal, un laurel, un almez, elevan allí su follaje. En otro tiempo, también apuntaban los dos cipreses, hoy desaparecidos, plantados frente de la casa, con los nombres de Conchita e Isabel. Cerca se conservan los dos cipreses plantados, al parecer, por Federico y Paco. El ciprés de Federico fue el único de los cuatro que tuvo dos copas. Hasta la habitación ascendía el jazminero, «con su blancura pequeña», que escalaba la pared, desde el suelo, y el cuarto de Federico se llenaba de aromas de «damas de noche» y otros perfumes del verano en la vega que le producía un *lírico* y *maravilloso dolor de cabeza.* El cuarto lo inundaba el rumor de los maizales, el fragor musical del campo, que él tanto amaba y conocía.

[18] *Conversación con doña María Trescastro, en la Huerta de San Vicente. Granada, 22-10-1985.*
[19] *O.C., pág. 1.666.*

El dormitorio del poeta es una habitación sobria, de paredes encaladas y un suelo colorista de fino mosaico. Junto al balcón está la cama, de madera torneada, con una colcha de encaje blanco, tejida a mano, en pacientes horas de reclusión, como salida de las manos prisioneras de las hijas de Bernarda Alba. Encima de la cama, la Virgen Dolorosa de los Siete Puñales. En otro flanco de pared, el cuadro que le regaló Alberti a Federico, cuando se conocieron en la Residencia de Estudiantes, en donde campea esta dedicatoria para el recuerdo: «A Federico García Lorca, esta estampa del Sur en la inauguración de nuestra amistad». Una cómoda con espejo. El mueble más sugestivo del dormitorio es la mesa buró, de madera clara, en donde Federico trabajaba. Encima del amplio tablero, a ambos lados, tiene pequeños cajones, a modo de secreter y delante tres profundos cajones de escritorio. En esta mesa el poeta, en sucesivos veranos, a partir de 1926, escribió, revisó o terminó: *Romancero gitano, Bodas de sangre, Llanto por Ignacio Sánchez Mejías, Así que pasen cinco años, Diván del Tamarit, Doña Rosita la soltera o el lenguaje de las flores...*

En el verano de 1935, el poeta Eduardo Blanco-Amor fue huésped de la familia García Lorca en la huerta de San Vicente y Federico le dedicó la lectura primicial de *Doña Rosita.* Al poeta galaico le debemos un extraordinario testimonio gráfico de Federico en su cuarto, sonriente ante la mesa de trabajo y el cartel de La Barraca, el grupo teatral universitario, fundado y dirigido por García Lorca y Eduargo Ugarte, en julio de 1932, inaugurado en Burgo de Osma.

«El campo me gusta más que nada —confesé—, y donde mejor escribo es en el campo. Escribo durante el verano de día y a las horas de calor; pero en el invierno, de noche.»

La casa de la huerta estaba rodeada de campos de cultivo y árboles frutales, al cuidado de un casero, Gabriel Perea Ruiz y su familia, que viven en la casa antigua de labor, adosada a la de los propietarios. Se cultivaba trigo, patatas, habas, maíz, tabaco... y un pequeño terreno dedicado a hortalizas para el consumo familiar. Los árboles frutales eran ciruelos, de varias clases; cerezos, perales, membrillos, nogales, manzanos... Como en las tierras de Valderrubio, don Federico sembró álamos blancos y negros y árboles frutales, a los que era muy aficionado, en las lindes de la huerta, para no quitar las vistas a la casa: Higueras, caquis, nísperos, quedada la proximidad del camino suponían una tentación irresistible para la chiquillería y los viandantes.

Con tal abundancia de fruta fresca, en la huerta de San Vicente se hacían mermeladas y almíbares de batata, de pera, de melocotón, de cerezas, de cabello de ángel, con las tradicionales recetas de los antiguos conventos. Me contó doña Isabel García Lorça que una de las conservas más apreciadas, era la de las habas verdes con jamón, célebre plato típico de la cocina granadina. Las guardaban fritas, con el jamón y el aceite. Una vez llenas las latas, un hojalatero se encargaba de soldarlas y se mantenían en perfecto estado de seis a ocho meses.

Las tierras de la huerta de San Vicente eran muy feraces, bien irrigadas por la colindante acequia del Jaque, la cual acarreaba los vertidos de los darros de la ciudad. Era un abono natural de gran calidad. En los primeros tiempos, don Federico García Rodríguez, acostumbrado a las claras aguas de Valderrubio, abonaba sus cultivos de forma natural, lo que resultaba excesivo para las ya fecundadas tierras. Se lo explicó su vecino José Santujini, nos cuenta su hija: «Mi padre tenía la experiencia de los años que llevaba cultivando aquellas tierras. Y es que la agricultura en cada zona tiene sus métodos. Mi padre decía que adonde uno estuviera, tenía que preguntar a los colindantes cómo hacían su tierra. Le dijo: "Mire, don Federico, lo que pasa es que usted le echa abono de más y las plantas cogen mucho vicio, y cuando llegan las primaveras lluviosas, pues se le tiran al suelo y esas cosechas se le echan a perder. Cuando el maíz se siembra y cae una tormenta, como la tierra es muy fuerte, se

suelta, la tierra cría costra y el maíz nace debajo, sale tachado. Después mi padre hizo aparcerías y le levantaba sus tierras. Pero aquel fracaso de los primeros tiempos lo tuvo preocupado, no por las pérdidas materiales, sino porque él era un buen labrador, que entendía de cultivo y además era un hombre que estaba acostumbrado a que todo lo que tocaba se le florecía» [20].

La vida cotidiana

Como en las huertas no había agua potable, para el lavado de ropas y otras necesidades domésticas, aprovechaban la bajada de las aguas claras, a las 5 ó las 6 de la mañana, de la acequia del Jaque, que recogían en pequeñas o grandes albercas y la dejaban asentarse. Doña Isabel García Lorca recuerda la *alberquilla* de su casa, en la que echaban un producto llamado *Gebe*, especie de ceniza que hacía las veces de lejía [21]. Las ropas se desinfectaban, además, con la sosa que contenían los jabones fabricados en casa, con el planchado, de planchas de hierro calentadas directamente al fuego vivo. El agua empleada en los menesteres de cocina y aseo personal era todo de acarreo. Don Federico tuvo especial interés en que su huerta tuviera dos entradas. La de los callejones de Gracia, peatonal, y otra para las bestias que se empleaban en las labores del campo y el transporte de agua. José Santujini le permitió esta última por su vereda, que venía a salir directamente al callejón del Pino. Esto acortó la distancia de los numerosos viajes que Gabriel Perea hacía diariamente al pilar del Puente Cristiano. Estas aguas eran muy ricas en magnesio y se utilizaban para la comida y el aseo personal y se depositaban en la tinaja que existía en la cocina. Si el pilar del Puente Cristiano estaba seco, entonces subía por el Camino de la Fuente Nueva, al pilar del mismo nombre, en donde había un lavadero público, muy concurrido. El agua de beber la traía del carmen de la Fuente, del Paseo de los Tristes y se conservaba en vasijas de barro. Otro pilar del que se abastecían las huertas, era el de las llamadas «Casillas de Prat», cercano al callejón de Nevot. También del pilar de la placeta de Gracia, situado en la esquina del Solarillo de Gracia (donde hoy están los multicines). El centro urbano más próximo a las huertas era la placeta de Gracia. Aquí estaban los comercios, en cuyas tiendas de ultramarinos, como se rotulaban en la época, se abastecían las familias. Solo si querían pescado tenían que ir al mercado de la ciudad, pues por entonces no había pescaderías en los barrios. A veces podían coincidir con el *pescaero* ambulante, que ofrecía a voz de bello pregón, la célebre «pescá de Almuñécar, niñas que está viva». Pero lo más seguro era ir al mercado y entonces subían directamente por el callejón del Pino, paralelo a lo que hoy es el camino de Ronda. Era un camino estrecho y peligroso porque discurría en pendiente, entre la acequia del Jaque y la tapia de la huerta de Gracia, propiedad de los marqueses de Ruchena. Ocurría con frecuencia caer montura y caballería a la acequia por las malas condiciones del piso, que en tiempos invernales hacía imposible el tránsito. El nombre lo recibía de un gran pino centenario, refugio de aves nocturnas, lechuzas, buhos, murciélagos, cuyos ululeos nocturnos intimidaban al viandante. El itinerario desde la huerta de San Vicente era: Camino del Purchil, callejón del Pino, «Casillas de Prat», callejón de Nevot, calle de las Tablas, plaza de la Trinidad y mercado. El itinerario de la placeta de Gracia era el más directo para los vecinos de las huertas. Por ello el estanco que había en la placeta se convirtió en una especie de *casinillo*, punto de reunión y refugio, donde se tomaban y daban toda clase de recados para las gentes de las huertas. Estos detalles nos los ha contado María Lourdes Fernández Chico. Su familia eran los dueños del estanco, que entonces el Estado adjudicaba a las solte-

[20] *Conversación con doña Encarna Santujini, en la Huerta de San Enrique. Granada, 22-10-1985.*

[21] *Conversación con doña Isabel García Lorca. Madrid, 2-12-1985.*

ras. El establecimiento estaba en las llamadas «casas de la Basilia», propiedad de los Rodríguez Acosta. Eran 14 viviendas modestas que se alineaban frente a la iglesia de Gracia y el seminario. María Lourdes y su familia ocupaban las tres primeras, junto al pilar, en la segunda estaba instalado el comercio familiar. «Como en la placeta de Gracia acababa la ciudad, el correo no llegaba al extrarradio, el cartero dejaba la correspondencia en el estanco —nos refiere María Lourdes—. Al cartero le daban una *perrilla* (5 céntimos) por cada carta. Federico García Lorca recibía mucha correspondencia, entraba y preguntaba *¿hay carta para mí?* y si tenía la cogía y soltaba la *perrilla* correspondiente, costumbre que se hizo ley. Entonces las cosas eran de otra manera. Como en el callejón de Gracia había tanto polvo o barro, las gentes subían el camino con botines viejos o alpargatas, entraban en mi casa, se sentaban y se ponían los zapatos nuevos, para andar por *Granã,* luego para bajar otra vez el camino, volvían a cambiarse. Los Lorca solían esperar el coche de gasolina que viniera a recogerlos, subían a pie hasta mi casa, porque ya le digo que el callejón era un camino intransitable. A veces, en los duros inviernos ocurrían cosas terribles con las personas que caían enfermas, y ni los médicos podían pasar en los coches de caballerías. También podía ocurrir que empezara a llover y entonces entraban en mi casa a esperar que escampara. Había quien subía o bajaba a la ciudad a caballo o en burro, como el tío Frasquito, el tío de Federico, de la huerta del Tamarit. Era un hombre muy buena persona, pero muy cateto, el padre del poeta era mucho más enseñado. Como era muy gordo y bajillo le sacábamos una silla para que se apeara del burro y luego se sentaba a descansar. El mozo que arrastraba el animal lo ataba en una farola de las que había en la placeta, hasta que don Francisco volvía de sus asuntos, para irse otra vez a su huerta. Muchas veces mientras llegaba nos paseábamos en la burra. Son cosas que no se olvidan. Pero es que la placeta de Gracia era el centro de todo. Cuando había un muerto en las huertas lo subían hasta la placeta, y mientras venía la parroquia, que entonces era la de la Magdalena, la gente que lo acompañaba esperaba en mi casa» [22].

Los difuntos los subían a hombros por los callejones de las huertas. En la placeta se formaba la comitiva fúnebre. Según el estamento social del muerto, el entierro podía ser de primera, segunda o tercera categoría. Con o sin *veleros*, es decir, pordioseros y hampones, los cuales por una peseta, acompañaban a los entierros con velas encendidas, de ahí su nombre de *veleros.* Capilla de música, carroza fúnebre, tirada por uno o varios caballos empenachados y los cocheros y aurigas con pelucas a la «federica». Toda esta parafernalia fúnebre, variaba, como el número de caballos, por eso decían las gentes «cuando más ricos más animales». Al muerto lo llevaban a hombros, y le seguía el coche vacío.

«Cal, mirto y surtidor»

El amor de García Lorca por su tierra se refleja en su obra y, más íntimamente, en las cartas a sus amigos. Al crítico catalán Sebastián Gasch le confesaba: «Es en Granada donde verdaderamente estoy tranquilo y apto para la deliciosa conciencia de la amistad» [23]. Y a Melchor Fernández Almagro: «Me gusta Granada con delirio, pero para vivir en otro plan: vivir en un carmen, y lo demás es tontería; vivir cerca de lo que uno ama y siente. Cal, mirto y surtidor» [24]. Si el poeta ansiaba el ideal del carmen —casa-huerto-jardín—, sueño de todo granadino, don Federico García Rodríguez, como buen labrador, necesitaba la libertad del campo abierto, el olor a tierra, el misterio de los siembros, el surco germinado, el grana-

[22] *Conversación con doña María Lourdes Fernández Chico. Granada, 12-5-1984.*

[23] *O.C., pág. 1649.*

[24] *A. Gallego Morell, op. cit., pág. 57.*

zón de la espiga, el gozo de la cosecha. El padre armonizó el dilema. El hijo tuvo *cal y mirto* y el espléndido mirador, aunque no desde las elevadas colinas albaicineras, sino desde la perspectiva opuesta de la vega.

Las temporadas de García Lorca en la huerta de San Vicente, rodeado de su familia, eran estancias felices, que lo transportaban a su esplendorosa niñez, tan decisiva en su vida adulta. El recuerdo de la huerta es constante, esté donde esté. En la primera carta que escribe a su casa desde EEUU, el ruido de las sirenas y el rumor de la ciudad de New York, que asciende hasta el noveno piso donde está su habitación de estudiante en la Universidad de Columbia, le despierta la nostalgia: «Vosotros estaréis quizá en la Huerta oyendo las esquilas del Seminario y los lejanos campaneos de la catedral» [24bis]. En otra ocasión le describe a Gasch esta postal colorista y sensual de su vida en la huerta: «Como sabrás he vuelto de Lanjarón y estoy otra vez en la huerta de San Vicente en plena bucólica, todo el día comienzo exquisita fruta y cantando con mis hermanas y hago tantísimas tonterías, que a veces me avergüenzo de la edad que tengo» [25].

Encarna Santujini fue testigo de la alegría de Lorca en la huerta: «En cuanto llegaba lo sabíamos pronto. Desde mi casa le oíamos tocar el piano [26]. Me gustaba porque entonces no había radio. Ellos tenían una gramola, con discos. Pero el piano llegaba hasta nosotros más sonoro ¡qué bien cantaba y recitaba! Luego era muy amigo de la broma. Por su alegría parecía una persona hecha para la dicha. Con su madre tenía delirio y su madre con él. La cogía en brazos y le daba vueltas. Y ella entre asustada y gozosa le gritaba: "Federico que me matas". A derecha e izquierda de la casa tenían rosales. Y un día le dijo doña Vicenta: "¡Ay, Federico, hoy no puedo poner rosas en la mesa!" Y él cariñoso y complaciente, la dijo: "No te preocupes, ahora mismo vas a tener ese florero lleno de flores". Al poco aparecía con un *brazao* de flores de maíz, lo que se llamaba «los cabos». A todos nos hizo gracia aquella ocurrencia. Le gustaba mucho andar en pijama por la casa y una vez se lo desgarró, y su madre le dijo: "Federico, tienes el pijama roto". Y llamó a una de las muchachas para que se lo cosiera. Y él va y le dice: "No te preocupes mamá. ¿Dónde está tu costurero?" Y cogió dos alfileres y se los puso. "Ya está arreglado". Encontraba solución a todo, siempre como jugando. La elocuencia de Federico dicen que le venía de niño. Una tarde desde el balcón de su cuarto, echó un sermón que, cómo sería, que nos revolcábamos de risa. El sólo quería que lloráramos de pena, que hiciéramos la comedia, pero no nos podíamos aguantar la risa. Estábamos en la explanada que había delante de la casa y recuerdo a su madre, a sus hermanas, a Laurita, la hija de don Fernando de los Ríos y a las muchachas Carmen y Ana. Conmigo se metía siempre. Para salir al camino, era obligado nuestro paso por la vereda, que quedaba junto a su casa. Al principio yo pasaba siempre corriendo, me daba vergüenza de Federico. Pero él me veía y me llamaba, con aquella voz alegre y confiada: "Encarnita, ven aquí. ¡Dame un beso!" Sus otros hermanos no me hacían caso, pero él... yo era una chiquilla de pocos años, pero desde un principio le caí en gracia. Bueno, hay que decir que era sí con todo el mundo, abierto, cordial, por eso lo querían personas tan dispares. Una tarde, que yo iba a la huerta de la Purísima, al pasar por su casa, él estaba en la terraza con unos prismáticos y oigo que me llama: "¡Encarnita, mira cuando pases por aquí, recóge-

[24 bis] Federico García Lorca escribe a su familia desde Nueva York y La Habana. *(1929-1930). Edición de Christop her Maurer. Poesía. Revista ilustrada de información poética, n.º 23-24. Madrid, diciembre 1985, pág. 39.*

[25] *O.C., pág. 16.59-1.660.*

[26] *Nos refirió doña Isabel García Lorca, que su padre compró el piano en la casa de pianos de Granada, y que era el que alquilaban para los conciertos de piano en Granada. Tiene la marca López Griffo, no es un colín, ni un gran piano, pero su tamaño no es corriente. Expertos han opinado que se trata de un piano alemán, que López Griffo le puso su firma.*

te la falda, porque con los prismáticos al revés, te voy a ver bocabajo, y te veré las piernas! Yo ya era una adolescente y me dio una vergüenza... El se reía, yo salí corriendo» [27].

El mundo de la infancia ejerció en Federico García Lorca una atracción especial. Su ternura es manifiesta con los hijos de sus amigos, a los que dedica poemas y en sus cartas tiene siempre recuerdos cariñosos para ellos. En su obra, el interés y preocupación es patente desde sus primeros escritos en prosa y en verso. El nacimiento de su primera sobrina, hija de su hermana Concha, y de Manuel Fernández Montesinos, lo llenó de alegría. Como la niña nació el 9 de diciembre, al día siguiente de la festividad de la Inmaculada Concepción, y la madre se llamaba Concha, a toda la familia parecía lógico, según la tradición, llamarla como a la madre, pero Federico batalló para llamarla Vicenta, como la abuela. Y de Vicenta, Vicentica, con esa particularidd granadina de los diminutivos en *ico* e *ica,* se quedó con el nombre de Tica. La niña aparece pronto en las cartas de su tío. En el verano de 1932, reunidos todos en la huerta, escribe alegremente a Carlos Morla, que en su casa se hospedan la ministra de Justicia, y su hija la *ministrilla* (se trataba de doña Gloria y Laura, la mujer e hija de don Fernando de los Ríos, entonces ministro de Justicia) y se lamenta de que «...no puede lamer el plato ni comer con albornoz, ni romper platos, para que se ría la sobrinita» [28]. En otra carta le cuenta: «Ahora mismo mi casa está llena de canciones de cuna para dormir a la niña y ya están dormidas mi mamá, mis hermanas, mi papá, los árboles y los perros, menos la niña que no se duerme nunca». Y llega el gozoso día en que la niña dice mamá y le parodia a Morla el acontecimiento familiar: «Queridísimo Carlos: Día de júbilo en casa. La niña ha dicho por vez primera ma-ma-ma-ma. Y luego se ha entusiasmado y ha dicho ma-ta-pa-la-ti-ca. Alfabeto de un teléfono angélico, sin duda, donde la niña se despide para entrar por este arco terrible y teológico de la razón humana.

Ha sido un *revolutorio* precioso.

Gritos, chillidos de las criadas andaluzas, subidas y bajadas por las escaleras y toda el agua sonando: el retrete, la ducha, el aljibe.

Luego mi padre ha dicho muy serio: «Es una niña genial», y mi mamá, más comprensiva: «No, pero es más simpática que los *demás* niños». Ha entrado el hortelano y su mujer y sus hijos y ha entrado un vendedor de helado y dos mendigos que duermen bajo los árboles, y hasta un pequeño burrito. Mi padre, muy solemne, se dirige a la niña y le dice, «Hijita, di mamá, anda»; y la niña, agitando los bracitos, grita: «Ta-ca-che-li-pi-ta-má...», ¡y se echó a llorar! Un abrazo, Federico» [29].

Este verano, García Lorca termina y fecha en la huerta la obra *Así que pasen cinco años.* Cerca de la palabra *Telón,* escribe: «Granada 19 de agosto de 1931» y debajo: «Huerta de San Vicente» [30].

Tica (Vicenta Fernández-Montesinos García Lorca), guarda recuerdos como flash de «tío Federico», como ella le llama: «Me sentaba encima del piano y me enseñó a cantar: ya se murió el burro/ vamos a enterrarlo... Yo cantaba mientras bailaba de puntillas, con alpargatas... Pero los recuerdos más importantes son de 1934. El llegó de Madrid a pasar las vacaciones junto a toda la familia, reunida en la huerta, como cada verano. Yo estaba convaleciente de una otitis, que fue una enfermedad grave y larga. Como permanecí mucho tiempo en cama, mi madre me cortó las trenzas para peinarme mejor. Cuando tío Federico entró en

[27] *Conversación con doña Encarna Santujini, en la huerta de San Enrique, Granada, 22-10-1985.*

[28] *O.C., pág. 1.680.*

[29] *O.C., pág. 1.680-1681.*

[30] *Federico García Lorca. Autógrafos. Facsímil de* Así que pasen cinco años. *Transcripción, notas y estudio por Rafael Martínez Nadal. The Dolphin Book Co. Ltd., Oxford, 1979, pág. 214.*

mi cuarto y me vio, empezó a llorar por mis trenzas, como si fuera un niño, para hacerme reír. Venía mucho a mi cuarto para estar conmigo. Yo recuerdo su alegría, su ternura y su preocupación. Aquel verano fui el centro de todas las atenciones, aunque estaban mis hermanos menores, Manolo y Conchita, recién nacida. Yo estaba muy triste y tío Federico me distraía, porque yo lloraba mucho. Nos divertíamos cantando a dúo, una canción que yo no he oído cantar después:

Un pájaro con cien plumas
el pájaro era verde
las alas de color
el piquito encarnado
más bonito que el sol...

y terminaba: El pájaro ya voló, ya voló, ya voló, y entonces hacíamos la mímica del vuelo, que era como un juego para los dos. Recuerdo haberle oído cantar *Mi jaca* y otra cosa que le gustaba era la *España cañí*, esos pasodobles tan famosos.

La huerta era una casa muy alegre, llena de gente, sobre todo de mujeres, tías, primas de mi madre: la prima Clotilde, de la huerta del Tamarit, Virtudes, Paca, Carmen, las primas de Fuentevaqueros, hijas de tío Enrique. Visita fundamental era la tía Isabel Rodríguez y sus hijos Isabelita y Pepe Luis. Los dos me enseñaron canciones y juegos. Muy importante era Eduarda, *mamá Yaya*, como la llamábamos los niños, prima de mi abuela, única parienta que tenía. Me enseñó canciones mientras cosía la ropa. Entonces se cantaban mucho las canciones populares. Las madres le cantaban a sus hijos, esas bellas canciones de cuna, que ahora muy poca gente conoce. *Mamá Yaya* me enseñó: A la verde, verde/ a la verde oliva/ donde cautivaron/ a las tres cautivas. En la huerta recuerdo también muchas: Vidala, que era de Valencia; Angelines, la niñera y Antonia, la cocinera. Guisaba muy bien, esto lo he oído; pero que yo recuerde, hacía las migas con melón, que a todos nos gustaban mucho, y las meriendas de pan con chocolate y pan con aceite. ¡Ah! otras personas en la huerta eran los caseros, Gabriel, la abuela, Carmen y Anica.

Mis recuerdos de la huerta de San Vicente están muy vinculados a la guerra civil, ya que pasamos gran parte allí. Recuerdo que hicieron un refugio [31], donde nos refugiamos un día que, de pronto a la hora de la comida del mediodía oímos una sirena y nos fuimos todos, con los platos allí. Esto lo recuerdo como una aventura divertida frente a las atrocidades que estaban pasando. También recuerdo una visita de la Guardia Civil, cuando una tarde mi madre decidió llevarnos a ver a la tía Clotilde a la huerta del Tamarit y nos tuvimos que volver. Otro recuerdo muy vivo, es que Angelines, nuestra niñera, nos llevó a los tres hermanos corriendo por los campos, probablemente para evitarnos una escena dolorosa.

Me gusta evocar una fiesta, que un verano, dio en la huerta, me parece que tía Isabel, a la que los sobrinos llamábamos *Tatabel*. Yo era muy pequeñita y enseguida me llevaron a la cama, pero recuerdo que iban todas las señoras y señoritas vestidas de noche y recuerdo los farolillos de papel que adornaban la huerta. Este es, naturalmente, un recuerdo de dolor y alegría. Había mucha gente, pero yo sólo recuerdo a tía Laura con un traje verde y seguramente las primas de tío Frasquito. Otro recuerdo muy grabado es el de mi abuelo, cortando

[31] *De este refugio nos ha hablado también doña Encarna Santujini. Lo construyeron frente a la casa de los caseros. Colboraron las dos huertas, la de San Vicente y San Enrique. Cavaron un gran hoyo y con troncos y ramas de los álamos lo cubrieron y echaron encima la tierra socavada. Hicieron dos entradas, para en caso de accidente no quedar atrapados. Conversación telefónica en Granada el 29-12-1985.*

Para los niños ajenos al drama que estaban viviendo, el refugio fue una aventura, así lo recuerdan Tica y Manuel Fernández Montesinos.

Huerta del Tamarit

Huerta de San Vicente

las flores de la huerta para dárselas a unos niños que llegaron pidiéndolas para el entierro de su padre. El abuelo lo hacía con gran sentimiento y solidaridad con los chiquillos aquellos, a quien miraba sin comprender su dolor. Pasado el tiempo lo vi claro, ya habían matado a tío Federico» [32].

El entorno humano en casa de los García Lorca fue siempre muy rico y variado; por un lado, esa calidez de las gentes de los pueblos de España que aportan una sabiduría personal, casi en estado puro, heredada por tradición oral, y por otro, la cultura de formación académica y artística. Este equilibrio lo valoró siempre el poeta. Y le sorprendía cuando las gentes pensaban que las *cosas* de sus obras eran atrevimientos suyos, audacias de poeta. El lo negaba rotundamente: «No. Son detalles auténticos —decía—, que a mucha gente le parecen raros, porque es raro también acercarse a la vida con esta actitud tan simple y tan poco practicada: ver y oír. ¡Una cosa tan fácil!» El universo rural del poeta lo predispuso, ya para siempre, a captar y a extraer la esencia humana del gitano, del negro, del judío. El método era siempre el mismo, mirar la vida y tratar de comprender el drama oculto, la tragedia individual y la comedia colectiva.

Con el fenómeno que ha generado Federico García Lorca, el temor es siempre caer en el tópico del *lorquismo*. De ahí la importancia de descubrir a los escasos testigos que ya van quedando de la vida del poeta. Y si son seres sencillos, personas no *contaminadas* por la grandilocuencia de algunos cultos, mejor. Testimonios de Santujinis, de María Lourdes, de María Trescastro, de Clotilde García Picossi o de la niña Tica, que a veces si no fuera por las fotografías en que su tío la tiene en brazos, podía creer que su recuerdo pertenece al archivo oral de la familia. En 1935, Eduardo Blanco Amor le hizo al poeta un reportaje en la huerta de San Vicente. Una de las fotos más sugestivas y tiernas es aquella en que Federico está con sus sobrinos Tica y Manolo, niños de 3 y 4 años, en la puerta de la casa. La pequeña Tica observa a la cámara con ojos asombrados y sostiene entre sus manos la de su tío, que mira al objetivo sonriente. Gracias a este reportaje, tenemos el testimonio de la decoración interior de esencias románticas de la casa. El poeta se fotografió ese mismo día con su madre, sentado en un sofá de estilizadas formas, mobiliario en el que el dramaturgo se inspiró, a la hora de sugerir a Salvador Dalí, los bocetos para los decorados del drama *Mariana Pineda*. El interior de la huerta recuerda también los dibujos que García Lorca hizo para la ilustración de la obra, publicada en la colección teatral *La Farsa*, Madrid, 1928.

La huerta del Tamarit

La huerta del Tamarit es otro itinerario lorquiano para el recuerdo. Para ir hasta allí, Federico salía de su huerta hasta encontrar los callejones de Gracia. Descendía hsta la Cruz de los Carniceros [33], dejaba a la derecha el callejón del Viernes y, a la izquierda, el callejón de la Acequia Gorda. Continuaba bajando por el callejón de los Nogales, hasta llegar a la huerta del Tamarit. La tarde llega, interminable, del verano en la vega, había ido cayendo por el camino, hasta empezar el duelo del crespúsculo. Esos crepúsculos granadinos «complicados de luces constantemente inéditas que parece no se terminarán nunca» [34]. En el drama *Mariana Pineda*, García Lorca pone en boca de la heroína: «¡Con qué trabajo tan grande/ deja la luz a Granada! Se enreda entre los cipreses/ o se esconde bajo el agua/» [35]. Otras

[32] *Conversación con Tica Fernández Montesinos García Lorca. Madrid 16-10 1985.*

[33] *Se llamaba así a este pareje, donde había un cruz de madera, con plinto de piedra, porque en sus inmediaciones vivían gentes que se decicaban a matar reses, para el consumo de las carnicerías.*

[34] *Federico García Lorca. «Granada (Paraíso cerrado para muchos)». O.C., pág. 8.*

[35] *Federico García Lorca.* Mariana Pineda. *Estampa I, escena V, O.C., pág. 796.*

veces el paseo era por la mañana y se iba a pasar el día en el Tamarit, comprometiendo a su prima Clotilde para que le hiciera un *arroz arriero* (arroz con pollo), porque «no había quien guisara como ella». Federico estuvo muy unido a su prima Clotilde García Picossi, hija del tío Frasquito, uno de los ocho hermanos del padre del poeta. La familia García Rodríguez —nos contó doña Clotilde— éramos una familia *tribu*, muy unida y afectuosa. Entre nosotros no existían rencillas ni recelos. El patriarca era mi tío Federico. Siendo unos chiquillos, salió el futuro poeta de la mano de su prima Clotilde, por primera vez a un escenario, cuando el niño tenía tres o cuatro años, y ella unos cuantos más. Los dos eran comparsas en una función de aficionados, que hacían en un corralón de Fuentevaqueros, la zarzuela *La alegría de la huerta.* Doña Vicenta le había cosido a su hijo un chalequillo lleno de remiendos. Clotilde García Picossi heredó de su padre la huerta del Tamarit, y ha continuado pasando los veranos allí. En junio de 1980, la visitamos y nos desveló cosas secretas de su vida, que su primo había convertido en materia dramática. «Venía mucho a mi huerta —nos dijo— porque le gustaban estos parajes, de los que dejó constancia en el libro *Diván del Tamarit* y porque le divertían mis ocurrencias. ¿Te acuerdas de lo que hace Adela, la hija menor de *Bernarda Alba,* cuando estando de luto, se pone el vestido verde para que la vean las gallinas? Pues eso lo hice yo. A Federico le encantaban estas cosas mías. Y no lo olvidó; aquella prodigiosa memoria suya lo sacó a relucir, al cabo de tantos años, en ese drama».

El conflicto sentimental de la obra lorquiana *Doña Rosita la soltera o el lenguaje de las flores,* recreado en un plano poético, pertenece a una vivencia de su prima hermana Clotilde. El novio era primo, hijo de la tía Mercedes, hermana de su padre. Ella vivía en Fuentevaqueros y él en Valderrubio. Era un hombre guapo y buen caballista, que se fue a Tucumán (Argentina) y allí se casó con otra. La novia-prima, quedó soltera en Granada.

La huerta del Tamarit, emocionalmente ligada a la vida de García Lorca, le dio nombre a uno de sus más importantes libros de poemas, *Diván del Tamarit.* El poeta empieza a escribir el libro en 1931. En octubre de 1934, el *Boletín* de la Universidad de Granada anuncia ya que se «encuentra en prensa (...) las *Gacelas del Tamarit*», sin embargo, será una obra póstuma. En ella, el poeta se presenta en cueros vivos, con su amor, sus deseos, sus pasiones, sus desfallecimientos, quizá porque en el deleitoso escenario del Tamarit, la naturaleza se le ofrecía en toda su plenitud. En la «Casida de los Ramos», el autor recrea el paisaje del Tamarit:

Por las arboledas del Tamarit
han venido los perros de plomo
a esperar que se caigan los ramos,
a esperar que se quiebren ellos solos.
El Tamarit tiene un manzano
con una manzana de sollozos.
Un ruiseñor apaga los suspiros,
y un faisán los ahuyenta por el polvo.
Por las arboledas del Tamarit
hay muchos niños de velado rostro
a esperar que se caigan mis ramos,
a esperar que se quiebren ellos solos.

El sentido trágico que Federico García Lorca reveló en tantos aspectos y pasajes de su obra, como una oscura y latente premonición de su propio destino, se intensificó en los últimos meses de su vida. En la «Gacela de la huida», del libro *Diván del Tamarit,* dice: «Ignorante del agua voy buscando/ una muerte de luz que me consuma». En la «Casida de las palomas

oscuras» pregunta ya: «¿Dónde está mi sepultura?» Y en la «Gacela del amor oscuro», aparecida en febrero de 1936, ya un franco reto a su propio destino:

> Quiero dormir un rato
> un rato, un minuto, un siglo;
> pero que todos sepan que no he muerto.

En junio de 1936 se cumplían diez años de las vacaciones familiares de los García Lorca en la huerta de San Vicente. Como cada verano, iban llegando a la huerta unos tras otros. Primero, los padres, que venían de Madrid, donde vivían desde 1932, en que dejaron su casa granadina de la Acera del Casino; luego Concha, la hija, mujer de Manuel Fernández Montesinos, recién elegido alcalde de Granada, acompañada de sus tres hijos: Tica, Manolo y Conchita. Federico llegaría en la mañana del 14 de julio, también desde Madrid. Los otros dos hijos, Paco e Isabel, iban a estar ausentes el día de San Federico, el 18 de julio, fiesta onomástica del padre y del hijo mayor, celebrada siempre con alegría, y reunión de familiares y amigos. Paco era secretario de la Embajada Española en El Cairo, mientras que Isabel, preparaba los exámenes para las oposiciones a cátedra de Instituto. Aquella fecha, fausta para la familia García Lorca, sería desde este año, día infausto para España: El estallido de la sublevación militar envolvería en los más negros lutos a cientos de miles de familias españolas y, entre éstas, como el más triste de los presagios, a la del universal poeta, con el doble asesinato, en la familia, de Manuel Fernández Montesinos y de Federico García Lorca.

De la huerta de San Vicente salió Federico huido, en los primeros días de agosto, hacia la muerte.

Cincuenta años después de la desaparición del poeta, el nombre de Federico García Lorca, todavía removía los lodos de las malas conciencas y se interpretaba torcida y falazmente su persona y su obra, como en una incesante persecución. En 1975, la huerta de San Vicente, última célula vital del poeta en su tierra, corrió el riesgo de ser arrasada por el Plan Parcial de Ordenación Urbana Granada-Oeste de 1975, con la aprobación del Ministerio de la Vivienda, ante la increíble indiferencia de las autoridades municipales. ¿Fue ignorancia, como se pretendió? Al final, se impuso la cordura y, el 15 de enero de 1976, en un pleno del Ayuntamiento se aprobaba el Plan Parcial modificando su aplicación en aquella zona y salvando la huerta. En esta resolución influyó mucho la enérgica intervención de la familia García Lorca y la protesta de los medios intelectuales y artísticos de dentro y fuera de España, que denunciaron el desafuero que se iba a cometer.

El 6 de abril de 1985, doña Isabel García Lorca y el Alcalde de Granada firmaban las escrituras de compra-venta de la huerta de San Vicente que, al fin, pasaba a formar parte del patrimonio histórico-artístico de la ciuad, convertida la casa en Museo y adjunta sede de la Fundación Federico García Lorca.

Antonina Rodrigo

Agradezco la ayuda prestada para realizar este trabajo sobre la huerta de San Vicente, con documentos, notas, referencias, conversaciones, fotografías y planos, a los sres. y entidades:
María Lourdes Fernández Chico, Tica y Manuel Fernández Montesinos García Lorca, Isabel García Lorca, Cesáreo Giménez Romero, Mario Hernández, Eutimio Martín, Angeles González de Molina, Encarna Santujini y María Trescastro y Fundación Federico García Lorca, Huerta de San Vicente, Granada.